

ciudad misteriosa de cuyas riquezas nos hace relacion Ezequiel y la que tenia por nombre la morada de Dios: *Et nomen civitatis, dominus ibidem*. Jesucristo ha elegido este lugar para que lleve su nombre eternamente y para que sus ojos y su corazon permanezcan siempre en él: en ese altar está bajo los densos accidentes de pan y vino aquel Dios en quien reside corporalmente toda la plenitud de la divinidad, toda la esencia de la divinidad, todas las perfecciones inseparablemente unidas á la divinidad: de suerte que cuanto se dice de Dios en general, puedo yo y lo debo decir de Jesucristo en particular, sin usurpacion, sin cometer un atentado contra la gloria del Padre que reina en el cielo como se esplica el Apóstol: para formar la imágen del hombre Dios que habita entre nosotros y se nos dá en alimento, necesario es penetrar hasta el trono del Altísimo, hasta el seno del mismo Dios. ¿Y quién podrá medir su grandeza y soberanía? Pues tan grande y poderoso es el Dios que reside en nuestros tabernáculos. *Et nomen civitatis, Dominus ibidem*. Llegáos con una fé animosa, dice San Ambrosio, al real trono que eclipsa su divinidad, y vereis que del seno mismo de esas misteriosas sombras sale una luz prodigiosa, que disipa las espesas nieblas de la ignorancia; y dirige vuestros pasos por medio de las tinieblas que esparce el Egipto del mundo: del centro del Tabernáculo se desprende una virtud omnipotente capaz de calmar las soberbias y entumecidas olas de las pasiones y reprimir la furiosa impetuosidad de la carne rebelde: bajo las especies Eucarísticas está invisible la mano poderosa que libra de los violentos embates del ángel de las tinieblas: entre la cándida nube de los accidentes, descansa oculto el autor de la vida, y la prenda de la

inmortalidad: siendo por consiguiente el misterio de la Eucaristía, en lenguaje de Santo Tomás, no solamente el mayor de todos los milagros que ha obrado Dios desde el origen del mundo, sino tambien el compendio de todas sus maravillas. Alégrate, pues, Iglesia santa: tú tienes la dicha de poseer á un Dios hecho hombre, cuya omnipotencia en nada se disminuye por estar invisible y oculto en los Tabernáculos. *Exulta et lauda habitatio Sion, quia magnus in medio tui Sanctus Israel: confitemini Domino notas facite in populis ad inventiones ejus*.

Ved, señores, si con razon traté de escitar vuestro agradecimiento á Jesucristo que para mostrarnos su amor, agotó los tesoros de su sabiduría, quedando con nosotros en el augusto Sacramento de la Eucaristía.

Y desde luego, unos de los argumentos de que se sirven los herejes para impugnar el misterio de la Sagrada Eucaristía, son los que se fundan en la mudanza, multiplicacion y reduccion del cuerpo del Señor. Si alguna cosa pudiese abatir mi fé en orden á este misterio, no seria porque dudase del poder que muestra Dios en estas maravillas sino porque se hace incomprendible que su amor llegase hasta el estremo de obrarlas con el hombre; porque ¿qué es el hombre para recibir tal beneficio? Un poco de barro de la tierra vil y despreciable, un ente que enorgullecido por el ímpetu de indómitas pasiones, se levanta continuamente contra su Hacedor declarándole una viva guerra, y posponiéndole á Satanás, á quien sirve y adora cuando quebranta los preceptos de Dios. Pues por este hombre y en su favor, se obra la mayor de las maravillas. Acerquémonos á ese altar desnudos de las gro-

seras ideas que nos ofrecen los sentidos: hé allí el pan y el vino. Cinco palabras omnipotentes pronunciadas por el ungido del Señor, hacen por un artificio de la divina sabiduría, ejecutar una conversion que no han conocido los filósofos: conversion sobrenatural, infalible, incomprendible: conversion en la cual, sin encontrarse mudanza de diversas formas en un mismo sugeto, toda la sustancia del pan se convierte en el cuerpo de Jesucristo y toda la sustancia del vino en la sangre de este Dios Hombre ¿Quereis saber, dicen San Ambrosio y San Cirilo, cómo sucede esto? Vedlo aquí: asi como Moisés convirtió su vara en serpiente, y la serpiente en vara; como endulzó las aguas amargas de Marath; como convirtió las aguas del mar en sangre, asi al eco de la palabra omnipotente del Sacerdote los cielos se abren, Dios encarna, por decirlo asi en sus manos, y sin que quede nada del pan, solo existe Jesucristo real y verdaderamente en la sagrada hostia.

Cosa es en verdad admirable y extraordinaria, que todo el sér de Dios se encierre en la pequeñez de una hostia, sin perder nada de la estension de su cuerpo: pues ello es, hermanos míos, que ahí está tan estenso como en el cielo y en la Cruz: solo Dios pudo inventar este modo de existir apurando los rasgos de su sabiduría. Ahí existe para nuestro bien en esa pequeñez, en cuerpo y alma, vivo para escuchar nuestras súplicas aunque con apariencias de muerto, y como le vió San Juan á semejanza de un cordero que no daba señales de vida. *Vidi agnum tamquam occisum*. Así creemos que reside en el Tabernáculo: tiene allí ojos y no ve, oídos y no oye, lengua y no habla, manos y no obra, piés y no camina, cuerpo y no se mueve, extension y parece que no ocupa lugar. ¡Por-

tento extraordinario! ¡Maravilla sin semejante! ¡Qué más, Dios mio, podeis haber hecho por el hombre! Por él, encarnasteis en el vientre de la purísima María; por él, padecisteis trabajos y fatigas en la Judea; por él, fuisteis crucificado en medio de dos ladrones, y por él, y para darle la última prueba de amor, permanecéis en ese augusto Sacramento hasta la consumación de los siglos. ¡Oh profundidad de las riquezas, de la sabiduría y de la ciencia de Dios!

No quiero dejar de llamar vuestra atención á otro prodigio: el mismo cuerpo del Salvador está á un mismo tiempo en todas las iglesias del mundo: él encontró el secreto de hacerse presente en este misterio, sin abandonar el cielo de donde habia salido, á todos los pueblos y á todas las naciones de la tierra: *Visionem multiplicavi, et in manu Prophetarum assimilatus sum*. He multiplicado mi virtud, dice por un profeta, multiplicando mi presencia, y me he dejado ver entre las manos de los ministros del Santuario.

Pinte en buen hora el discípulo amado, dice un expositor, la grandeza de este divino Salvador, con toda la pompa y magnificencia con que le vió en la isla de Patmos: dejad que diga en su Apocalipsi, que era tan grande el aparato de su majestad, que de sus manos pendian las llaves del infierno y de la muerte; de su trono salian relámpagos y truenos; la tierra temblaba al eco de su voz; su rostro era mas brillante que el sol, y sus vestidos tan blancos como la nieve; toda esta magnificencia, no aumentaria el poder y grandeza del Dios invisible que habita en nuestros tabernáculos, antes por el contrario, todo este aparato rebajaria mucha parte de nuestra dicha, y seriamos tan infelices como los israelitas, á quienes no se dignó

hablar sino entre nubes y uracanes: por eso el Señor se ha ocultado bajo el velo de los accidentes, como he dicho antes, desde donde abre los tesoros de su misericordia, llamando sin distincion á grandes y pequeños, para hacerlos participantes de sus dones y beneficios.

¿Y podremos desear mayor consuelo, que tener siempre presente en nuestros santuarios el tabernáculo donde habita el Soberano del universo, el rey de cielos y tierra, nuestro Señor y nuestro Padre? ¿puede Jesucristo hacer mas por nosotros? ¿puede unírse nos mas estrechamente que dándonos en alimento?

¡Ah! Desaparezcan de nuestra vista y huyan de nuestros templos, esos absortos del infierno, heresiarcas infelices, discípulos del ángel apóstata, que quieren reducir á sombras y figuras la presencia real de un Dios Sacramentado: desaparezcan esos judíos obstinados, que suspirando todavía por un Mesías, niegan la divinidad del crucificado en la Hostia: desaparezcan esos idólatras incrédulos, que fiando en los delirios de sus fabulosos oráculos, blasfeman contra el Dios de Israel: á vosotros dirijo mi voz, almas fieles, que obedientes siempre á la voz del universal Pastor, no vivís sino del espíritu de la Iglesia: en medio de vosotros ha fijado su morada el Príncipe de la gloria, el rey de Magestad y el Santo de Israel. Alegraos, almas cristianas, y bendecid continuamente al Señor, porque se ha dignado habitar entre nosotros, manifestando asi las invenciones de su sabiduría: *Confitemini Domino, notas facite in populis ad inventiones ejus.*

Huid y no os dejéis engañar ni alucinar por los

enemigos del Dios de nuestros padres, no os dejéis robar vuestra fé y vuestras creencias: la Iglesia columna y firmamento de la verdad ha definido este punto dogmático que forma nuestra creencia, en los concilios que cité al principio y en otros varios, entre ellos cinco Romanos celebrados sucesivamente contra varios heresiarcas por Juan XXII, Inocencio III, San Gregorio VII, Nicolao II y Leon IX: la Iglesia es la que nos enseña esta verdad, autorizada con el testimonio de los santos Padres y Doctores: rubricada con la sangre de gloriosos mártires: autentizada con los mas asombrosos milagros: sostenida por la tradición inmemorial de todos los siglos y apoyada con el testimonio universal de todos los imperios y de todo el mundo cristiano.

Confesemos públicamente nuestra fé, y por haberse quedado Jesucristo entre nosotros en el Sacramento de la Eucaristía, despojándose de toda su grandeza y dignidad para que nos acerquemos con confianza hasta su trono, y por haber manifestado las invenciones de su sabiduría circunscribiéndose á la estrechez de una Hostia y multiplicando su presencia en todos los templos, alegrémonos y entonemos el cántico de Isaías con el que traté de escitar vuestro agradecimiento en el principio del discurso. *Exulta, et lauda habitatio Sion, quia magnus in medio tui Sanctus Israel: confitemini Domino, notas facite in populis ad inventiones ejus.*

Acerquémonos á Jesus Sacramentado y postrados en su presencia, digámosle como Jacob al ángel, no os soltaré hasta tanto que me hayais bendecido (1). Pidámosle que como Rey de Cielos y tierra nos enriquez-

(1) Genes. c. XXXII, v. 26.

ca de los tesoros de su gracia para conocerle y amarle, que nos libre de los enemigos de nuestras almas, que nos guie por los caminos de la virtud, y que en suma llegada que sea la hora de nuestra muerte nos de tiempo y lugar para recibirle como viático ó compañía para la vida eterna, para que siendo nuestras últimas palabras un cántico de accion de gracias á Jesus nuestro Salvador, espiremos en el ósculo Santo y pasemos á continuar sus alabanzas en el templo de la verdadera inmortalidad que es la gloria. *Amen.*

SERMON 1.^o

DEL

SAGRADO CORAZON DE JESUS.

Elegi locum istum, ut sit cor meum ibi cunctis diebus.

Elegi este lugar para que en él permanezca eternamente mi corazón.

II. Paral. cap. VII. v. 16.

Así es, señores; aquel corazón mayor que todo el universo, digno objeto de la complaciencia del Eterno Padre; aquel corazón que siempre estuvo abrasado en amor á los hombres, aquel corazón que halla sus delicias en habitar con nosotros; aquel corazón manantial divino y fecundo de donde se deriva un inmenso manantial de dones; digámoslo de una vez, el corazón amante de Jesus tiene su morada entre nosotros hasta la consumacion de los siglos. Como este Jesus amó siempre á los suyos, quiso al fin de su vida hacer alarde de toda la inmensidad de su corazón en un prodigio que solo podia obrar la omnipotencia de un Dios. En su última voluntad y en su solemne testamento, el que con su muerte quedó Eterno é irrevocable, como dice San Pablo, mandó y dispuso que